

ROSA CHACEL, SUPERVIVIR CON CREATIVIDAD

Juan Pérez Pozo

Entrevero vida y obra. Una y otra se complementan o divergen. La contradicción resulta sana; más aún, inherente al genoma humano; los siguientes renglones se constituirán en prueba irrefutable; aunque suene presuntuoso; disculpen.

Hoy en día existe la posibilidad de no inscribir a un niño en la escuela. Los padres han de comprometerse a su formación. Aunque sea poco frecuente, algunos padres se acogen a esta opción. Un conocido escritor afirmó en los medios de comunicación que así lo haría, decepcionado con el ambiente de las aulas en la actualidad.

Rosa Chacel, debido a su precaria salud infantil no asistió a la escuela en esa etapa. En casa, su madre, maestra, le enseñó los conceptos básicos; desarrolló competencias intelectuales; un germen que florecería con exuberancia. Le ayudó el ámbito liberal de la familia. Importante a principios del siglo XX para modelar una personalidad independiente.

En su juventud conoce a los intelectuales más reconocidos de la época: Valle Inclán, Gómez de la Serna, Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez... Su afición por la escultura es cambiada por el creciente apego literario.

Amplía la perspectiva del entorno cotidiano al viajar, a poco de casarse, por Europa con su marido. Conocer mundo siempre ayuda a relativizar las experiencias y, en el caso de los escritores, al modo y profundidad del relato.

Al iniciarse la guerra civil se implica con la causa republicana. Escribe innumerables manifiestos para la que creía la causa más justa, a la vez que colabora como enfermera. En dichos manifiestos preponderan sus afecciones con un fin propagandístico. Le ayudan a comprender la condición humana a pie de cruda realidad. Algo que se trasparenta de forma neutral y sugerente en su libro *La sinrazón*, gestada en el exilio. Salió a la luz en mil novecientos sesenta y está considerada su obra cumbre.

Timoteo Pérez Rubio, Timo, fue uno de los responsables de la evacuación de los cuadros del Museo del Prado. Un episodio muy controvertido. No he hallado rastro de cómo repercutió este quehacer de su marido en el estado emocional de Rosa. Por sus escritos deduzco sus dudas respecto a si fue una decisión acertada.

A pesar de la participación activa en el bando republicano, Rosa Chacel, se desplaza fuera de España, concretamente a Grecia, en mil novecientos treinta y siete. Quizás para preservar la integridad física de su único hijo, Carlos. A todos nos afecta en gran medida el lazo paterno filial.

Finalizada la contienda, la familia se reúne en Brasil. Aunque ésta es su estancia habitual como exiliados, viajan frecuentemente a Buenos Aires con el propósito de que en Carlos arraiguen bien los conocimientos del idioma español. Todo un detalle, provenga de las ideas políticas que provenga. Sobre todo, visto desde la atalaya actual: persiste un esnobismo exacerbado por incorporar anglicismos sustituyendo al vocabulario español plenamente vigente, pero en merma por huir de la complejidad y reducir el número de vocablos para entendernos. Lo cual tiene un fin caótico: promover los malentendidos. Justo el contrario a la evolución benéfica de cualquier lengua.

En mil novecientos setenta y tres, la Fundación Juan March le concede una beca de creatividad. La aprovecha para publicar la primera entrega de *Barrio de Maravillas*, libro que la consagró como escritora. Y del que en la misma línea, más tarde escribió otros relatos, constituyendo el mencionado, el inicio de un ciclo. Encontró un filón imaginativo que, el anhelo por cerrar unas ideas de forma coherente, la espoleó a engarzar el primer punto con el último.

Se instalan definitivamente en Madrid en plena transición democrática. En mil novecientos setenta y siete muere su marido. A la tristeza de este suceso le sigue el paulatino reconocimiento de su obra. Las luces y sombras de toda existencia.

En la década de mil novecientos ochenta le preocupa la situación económica que atraviesa. Pone todo el empuje del que dispone, que es mucho, para salir a flote y logra sobrellevarla y sortearla con dignidad.

Muere con noventa y seis años en mil novecientos noventa y cuatro. Tuvo una vida prolífica en vivencias y en regeneración literaria.

Descansa en el Panteón de Personas Ilustres de Valladolid.

Ilustre y actual sigue siendo el fruto imaginativo de su perseverancia.